

Notas sobre la coyuntura política

UN ANCHO Y HONDO MALESTAR

El gobierno socialista está atravesando la etapa de más fuerte y amplia movilización social desde su llegada al poder. Sería exagerado afirmar que tenemos ya al gobierno "contra las cuerdas". Pero se está confirmando que lo que caracteriza la situación de los movimientos, y en particular la de sus sectores más combativos, no es ya el retroceso, sino una todavía lenta y modesta recuperación.

Desde el pasado mes de septiembre, la vida política ha estado protagonizada por la movilización social. Es difícil encontrar un movimiento o sector que no se haya movido, enfrentándose siempre a la política del gobierno en algún aspecto concreto. Esta es la expresión de un malestar social ancho y hondo, que viene de lejos, de las frustraciones y agresiones acumuladas desde hace muchos años y de la desconfianza en que las cosas puedan arreglarse.

Este malestar se combina con un debilitamiento de la autoridad político-moral del gobierno socialista. Es el precio que Felipe González está pagando por burlarse de las ilusiones que le llevaron al poder y, especialmente, por violentar la conciencia popular para ganar el referéndum anti-OTAN.

«Miles de jóvenes han participado por primera vez en su vida en una asamblea y una manifestación...»

Esta es una combinación explosiva. Un muy amplio y creciente sector de población, que incluye a una parte de los votantes del PSOE, sabe ya por experiencia que el gobierno socialista no tiene voluntad de resolver los problemas sociales y políticos que sufren los trabajadores, la gente del pueblo, y más aún, es el principal responsable de ellos. Se ha perdido la confianza en las promesas socialistas, que por otra parte son muy escasas: el gobierno ya ni siquiera se molesta en vender ilusiones, como ha podido comprobarse en el grotesco debate sobre "el estado de la nación". Incluso no se ve utilidad a los mecanismos parlamentarios para conseguir reivindicaciones o ayudar a conseguirlas: esto es lo que algunos llaman "los vicios de la democracia española", una enfermedad que preocupa y con razón a políticos e ideólogos del sistema.

En esta situación, la alternativa es resignación o movilización. Para inclinar la balanza de nuestro lado, bastaba una chispa. Y han saltado más de una. El nuevo movimiento estudiantil que estalló en diciembre y la mejora de las condiciones para la movilización obrera han sido los factores fundamentales que explican la ebullición social que estamos viviendo.

Miles de jóvenes han participado por primera vez en su vida en una asamblea y una manifestación; han corrido delante, y muchas veces detrás y con una piedra en la mano, de

bandas de policías. La negociación colectiva no ha sido resuelta de un plumazo en la mesa del pacto social. Ha vuelto la lucha contra la reconversión industrial y de la desesperación y la rabia han nacido gestas como Reinos. Han ocurrido también hechos relativamente menores pero significativos de por donde sopla el viento: por ejemplo, lo de Aldeadávila; un pueblo tranquilo de mayoría socialista, un lugar ideal para una nueva agresión impune, para colocar allí un laboratorio de tratamiento de residuos radioactivos y envenenarles la tierra. En otras circunstancias, este pueblo se habría resignado. O quizás hubiera reclamado por la "vía reglamentaria", ante algún cargo público, diputado, senador o algo así, que se hubiera burlado de ellos, como de costumbre. Pero ahora, "así se hacen las cosas", el pueblo en vez de implorar ante el "cargo público", lo ha secuestrado.

El gobierno no engaña a nadie, salvo quizás a sí mismo, cuando mete despectivamente esta ola de movilización social en el saco de los "fenómenos típicos de la sociedad industrial". Es todavía más falso caracterizarla, como acaba de hacer Felipe González, de síntoma de que "estamos saliendo de la crisis". La gente se rebela y lucha porque piensa justamente todo lo contrario: que la crisis sigue y sus amenazas laborales y sociales son más duras que nunca. Y la gente lleva razón. Estamos en realidad ante "fenómenos típicos" de una crisis social profunda y sin perspectivas de solución.

Pero sería un error importante

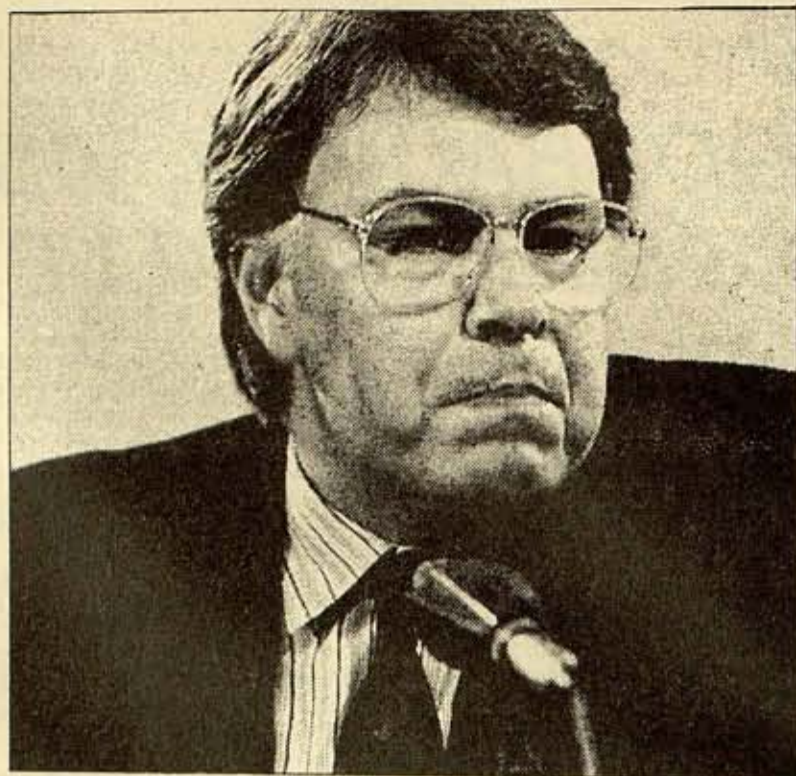
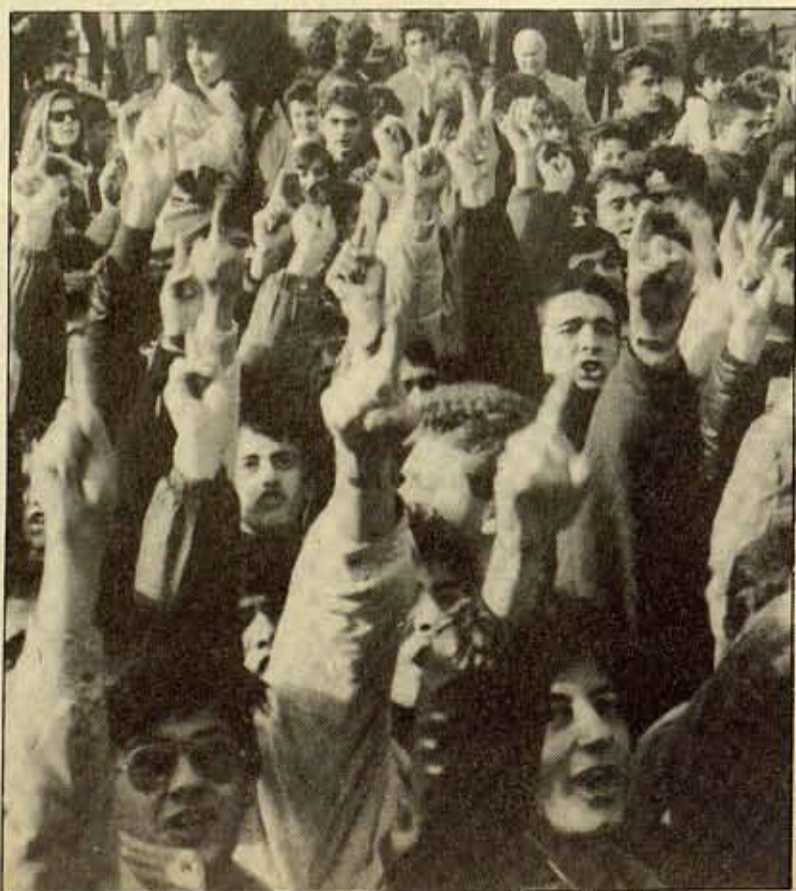
no comprender los límites de la movilización. Existe es verdad un proceso de recomposición de los movimientos sociales, pero todavía avanza por carreteras mal asfaltadas, no por una autopista. Las bazas más fuertes siguen aún en manos del gobierno.

Desde su llegada al poder, hace casi cinco años, el gobierno socialista ha considerado un dogma no hacer la menor con-

«Las bazas más fuertes siguen en manos del gobierno»

cesión ante ninguna movilización de masas. Con frecuencia esto se ha explicado como una consecuencia de la arrogancia y el despotismo de la burocracia "psoeísta"; por supuesto, ambas cosas abundan en el aparato del poder. Pero sobre todo hay aquí una estrategia destinada sistemáticamente a debilitar la relación de fuerzas de los movimientos sociales. El gobierno cuenta con una importante cohesión interna, una cómoda mayoría electoral y no se siente amenazado, a medio plazo, por alternativas políticas a su derecha, ni sobre todo a su izquierda. En estas condiciones, su política consiste en esperar el desgaste de las movilizaciones y que la gente termine resignándose a la idea de que "la lucha no paga".

Puede parecer, a primera vista, que la experiencia global



El morro de Felipe es bien visible en esta foto.

de estos cinco años ha sido positiva para el gobierno en este terreno. Pero las cuestiones que tienen que ver con las relaciones de fuerzas hay que analizarlas a medio plazo. Y precisamente las luchas que se desarrollan desde finales del año pasado demuestran que las cosas son mucho más complejas.

El gobierno ha obtenido victorias importantes: la mayor de todas, el referéndum anti-Otan. El movimiento de masas, no. El PSOE conserva una amplia mayoría electoral; la izquierda reformista ha mostrado ya sobradamente que su débil peso parlamentario no sirve para el desarrollo de las luchas, y la izquierda revolucionaria, con la excepción de HB, no está en condiciones de que su influencia política en la acción tenga un reflejo adecuado en votos. Estos son elementos negativos, pero constituyen solamente un aspecto del problema y no el más importante.

El aspecto decisivo es si existe o no una tendencia al fortalecimiento de la movilización social, si existe o no un proceso de acumulación de fuerzas de vanguardia y, en fin, si dentro de él crece o no la influencia de los revolucionarios respecto a los reformistas. La dinámica resultante de estos factores es la que terminará decidiendo la evolución de la situación, en todos los terrenos; desde el desarrollo de un ascenso de la lucha de masas, a la construcción de una "alternativa de izquierdas" que merezca ese nombre.

Si analizamos la situación desde este punto de vista, veremos que lo más razonable es ser optimistas (aunque moderadamente, como aconseja la experiencia).

Veamos el ejemplo del movimiento estudiantil. Hemos criticado tanto, y con tanta razón, lo miserables que han sido las concesiones de Maravall que corremos el riesgo de olvidar que representan la primera ocasión en que el gobierno ha cedido ante "la presión de la calle". Y qué duda cabe que este hecho ha estimulado movilizaciones posteriores. Además, en este movimiento los reformistas tienen una fuerza ínfima, mientras los revolucionarios tenemos un peso, desde luego modesto respecto a la magnitud del movimiento, pero que abre posibilidades muy grandes de crecimiento, si nos lo hacemos bien. En fin, son visibles en esta nueva generación las huellas de la experiencia del movimiento

anti-Otan, en el que hicieron sus primeras experiencias de lucha muchos de sus actuales dirigentes: estos elementos de continuidad entre dos movimientos social y políticamente muy diferentes (uno de ellos que viene además de sufrir una grave derrota) son una prueba práctica de las vías reales que sigue la recomposición de los movimientos; ésta se realiza en la acción y mediante relaciones entre la vanguardia de unos movimientos y otros; y en cambio, no se realiza en torno a "alternativas políticas", ni sobre el objetivo de construirlas.

El movimiento juvenil es un caso singular. En este mismo periódico pueden leerse análisis

«La cuestión decisiva es que los revolucionarios vayamos ganando terreno a los reformistas»

de la situación de otros movimientos, en especial el movimiento obrero, que vive situaciones muy diferentes. El movimiento feminista, pacifista, etc., tienen también características propias.

Pero en todos ellos puede comprobarse que se mantiene una considerable capacidad de resistencia, que existe efectivamente una acumulación de fuerzas de vanguardia y que las corrientes revolucionarias mantienen o ganan influencia en todo lo que se mueve.

Esta es la tendencia actual (con todos los adjetivos que hemos utilizado antes: lenta, modesta, etc.).

¿Seguirán las cosas por este camino en el futuro? Hay condiciones para que así sea, lo que ya es bastante. Hay factores que dependen de la situación objetiva (¿habrá una continuidad del movimiento estudiantil? ¿se iniciará una renovación en profundidad del movimiento obrero? ¿Habrá una segunda ola de luchas contra la nueva reconversión industrial?...). Otros dependen de batallas políticas que libremos en los meses que vienen: la decisiva es que los revolucionarios vayamos ganando terreno a los reformistas, a la izquierda del PSOE.

M. Romero